

## Claudio Guillén en el recuerdo

editado por Antonio Monegal, Enric Bou, Montserrat Cots

# Comparatismo e idea de Europa en Claudio Guillén

Jordi Ardanuy López  
(Independent scholar)

**Abstract** Comparatism works on cultural phenomena that come in a supranational space, not concerned by the political fragmentation of Europe. Claudio Guillén shows how the praxis of Comparative Literature has consequences in the historiology: it challenges the theoretical frame of the 19th century historicism, which used to take national state as the subject of the development and civilisation within their own boundaries as much as in the lands where it wanted to establish its colonies. By contrast, the comparatist method generates new reports on European history detached from the teleology of progress, so that, they have the same emancipatory meaning that postcolonial historians claim for 'subaltern histories'.

**Sumario** 1 Introducción. – 2 Europa como espacio supranacional. – 3 Contra el historicismo, por la interhistoricidad.

**Keywords** Comparatism. Historiology. Supranational space. Postcolonialism. Subaltern histories.

## 1 Introducción

La reflexión de Claudio Guillén sobre la idea de Europa se hace explícita en los estadios finales de su obra y de su evolución intelectual, singularmente en el ensayo «Europa, ciencia e inconsciencia» (2007, 368-426). Aparece, pues, como punto de llegada de su andadura humanística, o como fruto madurado a lo largo de toda una vida de *cultura animi*, aunque nutrido también, desde siempre, por un caudal generoso de savia vital: el joven que se alista en las filas de De Gaulle para defender a Europa del nazismo pervive en el intelectual que se enfrenta a la idea de Europa tras haber meditado largamente sobre la diversidad de sus dinámicas culturales, persuadido de que la comprensión de las mismas, en su complejidad, será capaz de proporcionar verdadero autoconocimiento a quienes quieran comprometerse con Europa como proyecto de convivencia aún por realizar.


Guillén es heredero de una preocupación por Europa que enlaza con los pensadores de entreguerras y de la inmediata segunda posguerra – Jaspers, Rougemont, Dawson, Koestler, etc. y, sobre todo, Ortega – pero su reflexión es ya solidaria y complementaria de los planteamientos poscoloniales y se

---

### Biblioteca di *Rassegna iberistica* 6

DOI 10.14277/6969-186-7/RiB-6-6 | Submission 2017-07-28

ISBN [ebook] 978-88-6969-186-7 | ISBN [print] 978-88-6969-194-2

© 2017 |  Creative Commons Attribution 4.0 International Public License

quiere 'posmoderna', en el mejor sentido de la palabra, pues se propone desenmascarar el reduccionismo totalizador del 'gran relato' historicista para sustituirlo por una urdimbre de relatos parciales y fragmentarios, menos ambiciosos en su alcance interpretativo, pero más ajustados a la verdad de los fenómenos que aspira a comprender: 'verdad', pues, entendida en términos de 'complejidad'. De hecho, «Europa, ciencia e inconsciencia» se presenta como una reafirmación de los planteamientos expuestos por el principal valedor del pensamiento complejo, Edgard Morin en *Penser l'Europe* (1987). Guillén, que descubrió las virtualidades de este paradigma metodológico desde los problemas propios del comparatismo, estaba convencido de que un modelo de conocimiento menos jerarquizado y más plural podría reflejar mejor la densidad de las relaciones que conforman lo real.

La complejidad supone una abundancia cuantitativa de interacciones, interferencias o tensiones entre unidades y también la presencia de otros sucesos más imprecisos, como las incertidumbres y las indeterminaciones, interrupciones y fenómenos aleatorios. El pensamiento complejo admite la tensión entre el orden y el desorden, la conjunción de lo uno y lo múltiple, azar y accidente sin doblégarlos a una lógica, disyuntiva, reduccionista y unidimensional: la riqueza de las obras y de los procesos que solicitan nuestra curiosidad y nuestra admiración permanecen disponibles, compenetradas con el proceso de nuestro esfuerzo cognoscitivo, y cada vez más atractivas y más enigmáticas siempre que queramos y podamos percibir y admitir su complejidad. (Guillén 1995, 65)

Consecuentemente, Guillén no defiende una idea de Europa como designio totalizador, a la manera de quienes, en la primera mitad del siglo XX, debatieron si la esencia europea era el Cristianismo, la Razón, los Derechos Humanos o la Ciencia. Es más, si acaso entra en diálogo con tales planteamientos es para refutar su reduccionismo. Su aportación consiste en una invitación a comprender la concreción histórica de la diversidad cultural europea desde unidades de análisis nuevas, obtenidas en la práctica de la Literatura Comparada, pero capaces de poner en cuestión los presupuestos más arraigados, incluso en el campo de la organización política. Pretender que las categorías halladas en un campo de conocimiento puedan ser productivas en otro de mayor peso superestructural es cumplir el postulado moriniano de la transdisciplinarietà (cf. Morin 1990) y apuntar hacia un humanismo renovado que enlaza con lo mejor del antiguo. Guillén reconoce en la creación cultural espontánea la fuente más fidedigna de conocimiento acerca de la vida de las sociedades. Y ello equivale a reivindicar la cultura como criterio de acción política, frente a la hegemonía del pensamiento tecnocrático y economicista.

## 2 Europa como espacio supranacional

La Europa vislumbrada por Claudio Guillén es un espacio cultural complejo, escenario de fenómenos supranacionales que el comparatismo detecta y estudia. Recordemos que Guillén opone el término 'supranacional' a 'internacional', y lo hace «para subrayar que el punto de arranque de tales fenómenos no lo constituyen las literaturas nacionales ni las interrelaciones que hubo entre ellas» (1985, 14). Es una forma de decir que el comparatismo osa tomar como objeto de reflexión fenómenos literarios y culturales que se dan con independencia de la compartimentación política que la sociedad ofrece en superficie.

La noción de supranacionalidad no es un a priori del cosmopolitismo inherente a la Literatura Comparada, sino una necesidad de su praxis. Para ejercerse como tal, el comparatismo deja en suspenso, primero, y luego, pone en cuestión los límites de las literaturas nacionales convertidas en objeto de las disciplinas filológicas; al hacerlo, se orienta constitutivamente hacia un paradigma más complejo que aquel que le sirve como punto de partida. El comparatista, por tanto, utiliza su inicial especialización histórica y filológica «como miradero para la contemplación de panoramas más complejos»; al principio, «la supranacionalidad sólo se percibe desde el interior, como el horizonte cada día menos remoto de un proceso de conocimiento»; pero, conforme las categorías supranacionales van revelándose útiles para describir los problemas de la transmisión literaria, van evidenciándose las limitaciones de considerar cada tradición aisladamente; de esta manera, el punto de partida se disuelve en «un camino cuyo destino está por descubrir» (cf. Guillén 1995, 52).

Merced a esta dinámica de transgresión de los compartimentos académicos las preguntas del comparatista convierten su historiografía en historiología, es decir, en una revisión crítica de los presupuestos teóricos concurrentes en su labor como historiador, habida cuenta de que no pueden ser los mismos que fundamentan otros géneros historiográficos (Guillén 1995, 54). La necesidad constante de marcos de referencia supranacionales - acaso para comprender la configuración de un tema, o para reseguir la evolución de un género - hacen que la práctica del comparatismo impugne, de hecho, los fundamentos del historicismo de raíz decimonónica, ideológicamente hipotecado por el concepto de nación. En palabras de Díaz del Corral, «la ciencia histórica se constituyó en el siglo XIX sobre el estrecho patrón de las realidades nacionales, volviendo las espaldas a los amplios horizontes de una historia universal» (cit. en Guillén 2007, 310). Así pues, cuando el comparatista busca y halla en la dimensión supranacional herramientas más precisas para la comprensión de la vida cultural europea, se encuentra también legitimado para evidenciar las incongruencias de la fragmentación política del territorio europeo, con relación a la simultánea unidad y diversidad efectivas de su historia cultural.

Desde aquel humanismo renovado que antes apuntábamos, Guillén ve en la supranacionalidad la categoría que describe el ámbito real en que la literatura y la cultura, en general, se produce y se recibe. La aportación básica de Guillén a la concepción de Europa es, pues, la categoría de supranacionalidad, explícitamente opuesta al internacionalismo 'realista', es decir, el que se somete a los intereses estatales:

La literatura nos sitúa de golpe y sopetón en la supranacionalidad. Es este el ámbito real, el que hay, el que existe para el lector. Es decir: todo lo contrario al internacionalismo de los estados, de los estadistas, de las superpotencias, de los organismos regionales o mundiales; que es una componenda realista, una política, una manipulación estratégica o una defensa de los intereses nacionales [...] La supranacionalidad del arte y del pensamiento no es una engañifa. El arte, afirmaba Croce, como Goethe, expresa lo individual y lo generalmente humano, pero no esa pseudo categoría espiritual llamada nación. (Guillén 1985, 424-5)

La crítica del nacionalismo cultural en Guillén es, sobre todo, la denuncia del monopolio que los estados modernos europeos ejercen sobre el sentido de la historia, desde el estatuto de máxima realización del Espíritu que Hegel confiere al Estado. Dicho monopolio tiene una de sus expresiones en el concepto de literatura nacional, que se pretende canon artístico de la lengua de una comunidad, y, como tal, expresión antológica de su 'carácter'. El análisis comparatista muestra, sin embargo, que la identificación entre el carácter y la literatura nacional surge de un proceso inverso, tal como se expone en «Mundos en formación: los inicios de las literaturas nacionales» (Guillén 2007, 299-335): las literaturas, en plural, «se desgajaron muy lentamente del tronco común al que todas las culturas pertenecieron después del ocaso de Roma y después de la formación de códigos lingüísticos independientes» (308). Sólo a finales del siglo XVIII y durante el Romanticismo esta unidad se fragmenta y la diversidad se acentúa, al mismo tiempo que la cultura deja de concebirse como cultivo de un legado, y pasa a valorarse como creación singular y proyecto de futuro. Es entonces cuando determinados poderes esgrimen la idea de una literatura propia como aval de una pretendida identidad nacional, es decir, como fundamento mítico de una comunidad que, por otro lado, también tiene - o aspira a tener - una concreción político-militar y un proyecto de expansión territorial.

Si el carácter nacional propio es fruto, en cada caso, de una simplificación idealizadora, su complemento, la imagen del pueblo extranjero, es el resultado de un esquematismo ahora deformante e igualmente falsario. «Tristes tópicos: imágenes nacionales y escritura literaria» (Guillén 2007, 336-67) examina una rica casuística, atenta, sobre todo, a las relaciones hispano-francesas, para concluir que la institución literaria, a la hora de

describir caracteres nacionales foráneos, apenas escapa de los estereotipos más transitados, de modo que la imagen del extranjero cristalizada en la cultura nacional propia coarta la percepción analítica, diversificada y profunda de la realidad del otro. Y ello ocurre en la escritura literaria casi tanto como en el chiste coloquial, lo cual da la medida del poder cosificador con que el 'nosotros' nacional puede constituirse frente al 'ellos' extranjero.

### 3 Contra el historicismo, por la interhistoricidad

Ambos aspectos, literatura nacional al servicio de la afirmación identitaria e imagen nacional como arma arrojadiza contra el forastero, son modos recurrentes del reduccionismo - causa y consecuencia de la idea misma de nación - manifiesto también en el aparato conceptual historicista.

El historicismo decimonónico circunscribe los procesos parciales que estudia dentro de una totalidad determinada a priori, el estado nacional, como entidad que protagoniza la Historia en el tiempo lineal del progreso y la emancipación de la Humanidad, convertida en Ciudadanía. Se trata, a la vez, de una adaptación a las ciencias sociales del tiempo científico de la evolución de las especies y de una traducción de la escatología judeo-cristiana a la historia laica.

La historiología que se desprende de la práctica de la Literatura Comparada está libre de tales apriorismos: sus investigaciones no se presentan como fragmentos de un relato único ni se refieren a una sola área cultural predefinida; por el contrario configuran múltiples relatos referidos a áreas simultáneas de extensión plural. Cuando las partes son integradas en una unidad mayor, el alcance de la misma es ignorado a priori; no es pensada como totalidad con pretensiones ontológicas, sino como estructuración provisional que debe ir renovándose y enriqueciéndose con el descubrimiento de nuevas interrelaciones en el seno de una realidad sociocultural que adquiere, entonces, el relieve de complejo interhistórico.

La multiplicidad de estructuras reveladas por el comparatismo, «varias, parciales, incompletas» (Guillén 1985, 421) y superpuestas, obliga también a una concepción plural del tiempo, alejada de la linealidad historicista, y de la aceleración de la modernidad. La realidad del cambio histórico cultural está sujeta a reiteraciones e intermitencias marcadas por intervalos de muy variada extensión y contenido. Así, en cada momento sincrónico, no sólo se da una variedad de fenómenos, sino también una heterogeneidad de ritmos que no pueden plegarse a un desarrollo argumental o a una teleología, como pretenden quienes identifican el ser de Europa - o de alguna de sus naciones-estado - con una misión histórica universal. En palabras de Guillén, «el comparatismo relaciona, estructura, construye, sin caer en la violencia mental [...] del reduccionismo», pues sus propias

necesidades metodológicas lo llevan a un modelo histórico complejo «no limitado a invariantes ni a totalidades ausentes» (1985, 421).

La crítica del reduccionismo historicista acometida por Guillén constituye una estimable aportación al cambio de paradigma que, en las últimas décadas, viene siendo reclamado para la comprensión del pasado histórico y del presente y futuro políticos. Es interesante, entre otros motivos, porque, en su concepción, el comparatismo y su interhistoricidad enfocan hacia el interior de Europa una óptica complementaria de la que el poscolonialismo ha desarrollado para analizar el impacto de Europa en un mundo globalizado a su imagen y semejanza.

En efecto, desde planteamientos poscoloniales, pensadores como Edward Said, Emmanuel Wallerstein o Dipesh Chakrabarty han desvelado el nexo entre los postulados historicistas y la práctica de la dominación. En concreto, Chakrabarty señala que el historicismo fue una forma de la ideología del progreso o del «desarrollo», al plantear el tiempo histórico «como una medida de la distancia cultural que se asumió mediaba entre oriente y occidente» (2008, 34): los indios y africanos, pensaba Stuard Mill, *todavía no* eran lo suficientemente civilizados como para gobernarse a sí mismos (30). En las colonias, el historicismo legitimó la idea de civilización como algo debido a un mesianismo ajeno, pese a ser impuesta mediante prácticas manifiestamente contrarias al humanismo predicado. Consecuentemente, la historia, en tanto que saber universitario, tiene como sujeto soberano y objeto privilegiado a una Europa ‘hiperreal’, cuyos referentes geográficos son hasta cierto punto indeterminados, pero que es la única entidad histórica cognoscible teóricamente, como escenario de la primera aparición del capitalismo, de la modernidad o de la ilustración, convertidos en eje que articula toda explicación histórica, mientras las demás historias son relegadas a una posición subalterna.

El punto de vista que defiende Claudio Guillén pone en evidencia que el reduccionismo del que es fruto la ‘hiperrealidad’ europea, determinado por los intereses de los estados-nación, ha imposibilitado también a los europeos conocerse como actores de una cultura compleja, cuya unidad contiene, sin fundirlas, «yuxtaposiciones» y «contraposiciones» (Guillén 2007, 378 y 383) ajenas a todas las pretendidas misiones universales de las naciones-estado, que han sido causa, no sólo de las catástrofes de la colonización, sino de la floración del mal sobre el mismo suelo europeo, en forma de totalitarismo y guerra.

Desde la praxis comparatista y desde la reflexión historiológica, Claudio Guillén muestra que liberarse de la ‘Europa hiperreal’ es tan urgente para las gentes europeas como para las que sufrieron su colonización. Y el modelo que surge de la Literatura Comparada se perfila como un motor de ‘historias subalternas’ con un sentido emancipatorio semejante al que Chakrabarty postula para las de los pueblos descolonizados: relatos que, al evidenciar la diversidad de ritmos temporales con que los fenómenos

culturales se desarrollan, permitan entender como 'historia' la sucesión de modos de vida y de comprensión irreductibles a la teleología de la modernidad; relatos que, al iluminar relaciones entre áreas culturales artificialmente separadas, pongan en claro el vínculo existente entre violencia e idealismo, es decir, el papel represivo y homogeneizador que el estado moderno ha tenido - también dentro de Europa - respecto a otras formas posibles de organizar la solidaridad humana.

## **Bibliografía**

- Chakrabarty, Dipesh (2008). *Al margen de Europa*. Barcelona: Tusquets
- Guillén, Claudio (1985). *Entre lo uno y lo diverso*. Barcelona: Crítica.
- Guillén, Claudio (1995). «Lo uno con lo diverso: literatura y complejidad». *1616: Anuario de la sociedad española de Literatura General y Comparada*, 9, 51-66.
- Guillén, Claudio (2007). *Múltiples Moradas*. Barcelona: Tusquets
- Morin, Edgard (1987). *Penser l'Europe*. Paris: Gallimard. Trad. esp.: *Pensar Europa*. Barcelona: Edicions 62, 1989.
- Morin, Edgard (1990). *Introduction à la pensée complexe*. Paris: Gallimard. Trad. es.: *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa, 1994.

